

verdad. Además, a un ciego no estaría bien mentirle, ni aun para consolarle...

—¿Qué ocurre?

—¿Verdad—prosiguió—que en la ilustración de mi cuento, las mujeres que han dibujado no son nada, nada *superfinas*? ¡Lo decía, más que con impaciencia, con angustia!

Casi al mismo tiempo, un compositor, el maestro Gay, acababa de poner música a un cuento de Valera: *Lo mejor del tesoro*, convertido en zarzuela. Hablóse del estreno. Valera se opuso.

—Grande sería mi ilusión por que se representara una invención mía, y aun me gustaría salir a la escena a recibir los aplausos... Pero temo que, en una de esas pobres representaciones que se estilan ahora, las coristas que saliesen a escena *no serían nada superfinas*...

Decía «superfino», «superfinas», como expresión de una categoría estética. El epíteto puede parecer impropio y hasta desviado. Pero yo comprendía—ya entonces—que esta manera suya de hablar era algo así como un expediente para referirse a la belleza física, sin nombrarla, *por pudor*... Sí. Con el pudor que empleamos siempre al aludir aquello que nos importa mucho y muy íntimamente. Con un pudor imprevisto por los superficiales, que en estas cuestiones le tuvieron más bien por cínico.

A Valera había que entenderle...

Ayer, hoy y mañana

Y a entenderle plenamente, apenas si empezamos hoy. Preveo que 1930 le entenderá todavía mejor que 1924, y le será más amigo. Así como 1924 le juzga ya mejor y le quiere más que 1898.

El señor alcalde de Cabra, pueblo natal de Valera, ha invitado, para solemnizar la fecha del centenario, que caía el pasado sábado (1), a algunos escritores españoles. La invitación hubiera podido limitarse, aparte de algunos amigos íntimos del glorioso egabrense, a ciertas devociones muy mozas.

EUGENIO D'ORS.

Las tres claridades...

(Viene de la página 267).

El sol arde tanto que se quema y deslumbra. También padece, arde, se consume y debate para alcanzar la claridad.

La claridad de la conducta, la claridad de la conciencia, la claridad del ideal. No necesito decir más, quiero que estas tres claridades las iluminen de misticismo y de esperanza, y entonces tal vez ya no nos importe salir de la selva, porque le desentrañaremos sus secretos, le gozaremos sus misterios, hilvanaremos sus rumores, encontraremos en ella el paraíso.

Y si la selva no nos basta, porque nos llaman los mundos que están más allá del paraíso, saldremos de la selva y volando por los espacios inmatrimales crearemos la nueva vida, el reino del Padre que está en los Cielos!

JOSÉ VASCONCELOS

Impresiones de arte (1)

(En el MUSEO METROPOLITANO de Nueva York, 1924.)

Luego, Adán y Eva, dos estatuas de tamaño natural, en las que se revela la técnica del maestro, que atiende más al estado psicológico que al convencionalismo de las reglas.

Pigmaleon y Galatea, mármol; así como un busto del gran vencedor de Austerlitz, en que apenas se esboza el perfil aquilino de Bonaparte joven, y, sobre todo, dos reproducciones, una en bronce, pequeña, y otra en yeso, mayor, de *El Pensador*, obra inmortal, en que la vida del espíritu parece transparentarse en la frente noble, en el gesto de meditación...

No he de ser yo, por supuesto, quien vaya a analizar ahora la personalidad de Rodin, ni la belleza admirable de sus obras, que ambas cosas han sido objeto de frecuentes y animadas discusiones, en todos los países y lenguas.

Completan su colección en esta sala, numerosos dibujos y croquis de algunas de sus obras, y algunos bustos de hombres públicos contemporáneos, que han tenido el honor de servirle de modelo.

En otra sala, varias esculturas modernas, en su mayoría de artistas norteamericanos; algunas bellas en verdad, y me llamaron la atención una *Bacante*, de Evelyn B. Longman, y una delicada figulina, *Gavota de Paulowa*, pequeña, delicada, en que la divina Anna parece desmaterializarse, hecha toda ritmo, como una de esas tanagras aladas de que ya os he hablado.

Abundan, claro está, grupos de caballos salvajes, de indios cazando búfalos, etc.

En un pequeño espacio, por el que se entra a esta sección, hay un medallón en bronce de Edgar Poe, dedicado a su memoria por los actores de Nueva York, y al que una mujer, simbolizando de seguro la gloria, aunque bastante rolliza para mi concepto de tan amada beldad, representa rendir homenaje. Bajo el medallón, se lee el ofrecimiento de los que levantaron este recuerdo, y cuya ofrenda termina diciendo que el poeta fué desgraciado en su vida, pero es inmortal en la posteridad.

Frente a este grupo, hay un bronce enorme, representando *El forjador de la paz universal*, puesto de muy buen acuerdo de espaldas al autor de *El cuervo*, pues que Poe fué un atormentado, y la paz, en todos sentidos, le volvió la espalda siempre. El forjador, en yunque poderoso convierte una espada en arado: es bella la idea, aunque no nueva, y mucho me temo que tan amable idealidad tarde varios siglos más en llegar a ser la realidad que todos proclaman, pero ninguno trata de realizar.

Hay otras obras originales, pero como las más conocidas y bellas de las que llenan las demás salas, son reproducciones, les dedicaré capítulo aparte.

8.—Reproducciones

En materia de reproducciones, el Museo posee una rica y valiosa colección, en la que los visitantes pueden admirar copia perfecta y autorizada de las más famosas obras de arte.

Las hay de escultura y también de arquitectura.

Las primeras llenan varias salas. *El Discóbolo*, *Las Tres Gracias*, *Cupido y Psiquis*, y varios bustos representan la Grecia, en tanto que por aquí el Voltaire de Houdon muestra su sonrisa irónica, y más allá el Rey Arturo de In-

(1) Sábado 18 de octubre de 1924

(1) Véanse las entregas 12 y 13 del tomo en curso.